

Tahar Ben Jelloun

El retorno

Traducido del francés por Malika Embarek López

Alianza Editorial

Título original: Au Pays

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Éditions Gallimard, 2009

© de la traducción: Malika Embarek López, 2011

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2011

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; telef. 913938888

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-5474-4

Depósito legal: M. 31.610-2011

Impreso en Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

I

Cuando Mohamed hubo terminado de rezar el azalá de la noche, se quedó sentado con las piernas cruzadas sobre su tapiz de rezos de seda sintética. Observó el reloj de plástico fabricado en China, colgado en la pared frente a él. No tanto las agujas, sino la imagen que rodeaba la esfera: una muchedumbre vestida de blanco girando alrededor de la piedra sagrada de la Kaaba, y, en el fondo, un cielo lleno de pájaros y ángeles. Pensó en su propia peregrinación a La Meca, que le había dejado un recuerdo un tanto decepcionante. Pues, si bien se había emocionado y sentido feliz de orar allí, también lo había pasado mal por la promiscuidad y violencia de algunos peregrinos. No entendía por qué se zarandeaban, se empujaban unos a otros, llegaban incluso a provocar avalanchas que se saldaban con varias muertes. Enseguida se dio cuenta de que los lugares sagrados alteraban la percepción de las cosas. Los fieles cambiaban. Dejaban de pertenecerse a sí mis-

mos, se entregaban al trance, perdían el conocimiento, deseando ardientemente morir de esa muerte tantas veces magnificada por el desvarío de los embaucadores. Morían aplastados por los pisotones de hombres más fuertes que ellos, unos colosos que propinaban golpes y violentos codazos, abriéndose paso sin tan siquiera darse la vuelta para ver los daños que dejaban tras de sí, y seguían su camino con la cabeza y los ojos alzados hacia el cielo como si éste les exigiese ese fervor salvaje. Los más débiles morían, yacían en el suelo, cubiertos de polvo y sangre; ninguna mirada se detenía en ellos para rezarles una última oración. Esas escenas son inevitables en un lugar que en sólo unos días rebosa con más de dos millones de creyentes llegados a La Meca para lavar sus pecados y regresar a sus países satisfechos y colmados de virtudes que emanan de su fe. En realidad, no era un espectáculo muy agradable. Mohamed siempre había temido a la multitud; cuando ésta se fanatiza, se vuelve peligrosa. Más vale evitarla, no verse frente a ella ni arrastrado por su marea. En la fábrica hacía huelga como sus compañeros, pero no se manifestaba con pancartas por las calles.

Mohamed soñaba con una peregrinación en solitario, justo con algunas personas de su cábila, y en primavera. Como temía las situaciones de violencia, le asustaba morir en La Meca; debía de ser el único en pensarlo, aunque

no se lo confesaba a nadie. Temía morir pisoteado por unos pies fanáticos. Se mantenía apartado, observándolos. ¿A qué se parecen unos pies fanáticos? Están sucios, a veces descalzos, otras, enfundados en babuchas gastadas. Mohamed había visto a peregrinos que calzaban babuchas viejas. No eran de su país, hablaban un dialecto árabe del que no entendía ni una palabra. ¿De dónde venían? Para él, un musulmán sólo podía ser árabe o bereber. Le costaba considerar musulmanes a los demás peregrinos. Los llamaba los africanos, los chinos y los turcos. Todos los peregrinos tenían la mirada inflamada por el fuego, la llama de la fe, la pasión del islam. Él se preguntaba, en cambio, por qué su mirada era serena, tranquila. Así era su temperamento. Llevaba mucho tiempo queriendo realizar ese viaje, soñando con ello, quizá con excesiva sencillez, pues él no se planteaba objetivos inalcanzables. Únicamente se alteraba cuando pensaba en el futuro de sus hijos. Entonces se sentía mal, invadido por la melancolía y la tristeza, desamparado, y se ponía a rezar, a cumplir con los ritos de la peregrinación, pero siempre con una extraña calma. Una mañana, al salir de la Mezquita Grande de La Meca, no encontró sus babuchas, recién estrenadas y confeccionadas por un artesano de Fez. Se sorprendió de que se las hubiera robado un peregrino. No lo entendía. Era algo inadmisibile. Su indignación se apaciguó

cuando un compañero de habitación le contó que unas bandas de malhechores atacaban diariamente a los peregrinos y les robaban su dinero. Añadió: cuando las autoridades detienen a alguno, le cortan la mano; por cierto, hoy a la hora del azalá del mediodía cortarán unas cuantas en la plaza pública. ¡Estás invitado al espectáculo! La semana pasada azotaron a un yemení por haber faltado al respeto al hijo de un emir. Hace un año, condenaron a muerte a un cristiano, creo que era de Italia, porque lo pillaron con una chica perteneciente a una gran familia saudí, y está prohibido que una musulmana salga, mejor dicho, se vea a escondidas, con un no musulmán, y no digamos ya casarse con él. ¡Aquí no se andan con chiquitas, tienen sus leyes, dicen que está escrito en el Corán y tiran para adelante! ¡No hay nada más que hablar! No existe ningún derecho. Nosotros venimos aquí a rezar ante la tumba de nuestro amado profeta, cumplimos con las oraciones, con el ritual, y luego regresamos a nuestro país, si es que no hemos muerto aplastados en el tumulto o nos han dejado mancos, pues pueden equivocarse y acusarte de robo, y, sin comerlo ni beberlo, te encuentras con una mano menos, es lo que se llama justicia rápida, no hay tiempo de pensar, de todos modos, aquí, más vale no pensar, aquí te entregas a Dios, sin el menor titubeo, perteneces a Dios y Dios dispone de ti como quiere, ¿lo

entiendes, hermano? Mohamed consideraba que cortar una mano por robar una babucha era una exageración, por no decir una salvajada. Se quedó mirando sus manos, juntas y abiertas, y se dijo: sin ellas, yo no habría sido nada, ni un pobre mendigo. ¡Que Alá nos preserve del mal y de las desgracias! Un mendigo le tendió su muñón. Mohamed le deslizó un billete en el bolsillo. Le habría gustado hablar con él, conocer su historia. Quizá se había quedado manco por un accidente o bien por un error. El mendigo ya había desaparecido.

Cuando a veces relataba su peregrinación a La Meca a sus amigos, a éstos les desagradaban sus críticas. Mientras se estaba bebiendo una cerveza bien fresquita, Bachir, que opinaba sobre cualquier cosa, lo reconvino: un musulmán no debe hablar mal de lo que ocurre durante la peregrinación. Ya se encargan de ello los enemigos del islam, que quieren vernos sumidos eternamente en el subdesarrollo, vestidos de harapos, sucios y con aspecto inhumano. Ahora han conseguido colgar la etiqueta de terrorista a todo musulmán. Está muy claro: nuestro sino es estancarnos o retroceder, así que deja ya de criticar, aunque sea cierto lo que dices, si no, vas a dejar de llevar el título de peregrino, de *hach*.

Mohamed se atrevió a decir con voz suave: pero si no nos criticamos, nunca avanzaremos. Qué le vamos a ha-

cer, me callaré y os deseo buen viaje, que disfrutéis de La Meca; yo, si vuelvo allá, será fuera del periodo oficial, me contentaré con la peregrinación menor, la Omra. Tendríamos que aprender a ser tolerantes, ¿ves?, por ejemplo, tú te estás bebiendo una cerveza y no te lo reprocho, es asunto tuyo. ¡Deja, pues, de criticar a los que tienen el valor de criticarse!

Una enorme mosca zumbaba por la habitación y lo distrajo de sus recuerdos. Era una mosca ciega que se daba golpes contra la pared. Habría deseado salvarla pero no se sentía con fuerzas para levantarse. Revoloteaba como si ella también estuviera prisionera. Mohamed ladeó la cabeza, le pareció oír a alguien que lo llamaba, una voz, una especie de murmullo procedente de una grieta de la pared, de una raja que el papel pintado de los años sesenta ya no disimulaba. El edificio estaba en tal estado de ruina que el ayuntamiento y la empresa de alquiler de viviendas de renta limitada lo había dado de baja de su lista. Tenían que hacer demasiadas reformas, sobre todo desde la llegada masiva y caótica de nuevos inmigrantes africanos. La combinación de magrebíes con africanos subsaharianos no funcionaba. Los insultos racistas llovían de ambos lados, seguidos de peleas entre adolescentes de ambos clanes. Mohamed ya no sabía si el racismo lo suscitaba el

color de la piel o la extrema pobreza. Recordó que un viejo tío suyo que hacía comercio con países de África se había traído al pueblo una mujer senegalesa que todos consideraban una esclava, alguien despreciable. Era aún un niño, pero la escena sigue obsesionándolo: su tío se había marchado a trabajar al extranjero y, aprovechando su ausencia, el pueblo entero expulsó a la mujer africana, que no hablaba ni árabe ni bereber. Se habían aliado contra ella por ser negra y porque no entendían su idioma. Salió huyendo a pie de allí y no se supo más de ella. Aquella mujer de la que nadie hablaba siguió rondando por los recuerdos de niñez de Mohamed. Ahora se preguntaba qué habría sido de ella. Quizá había muerto o regresado a su país. Acabó diciéndose que aquella mujer era eterna y que nunca moriría. Mohamed odiaba el racismo y, debido a aquel recuerdo, estaba convencido de que el color de la piel y la pobreza eran dos ingredientes que se mezclaban bien para rechazar a un ser humano cuyo único delito era no ser rico ni de piel blanca. Era evidente. La primera vez que oyó la palabra «moro» fue en un vagón de tren donde el revisor insultaba a un viejo argelino que no encontraba su billete. Mohamed no sabía qué significaba, pero entendió que debía de ser algo poco amable, un insulto. El argelino se puso de pie y empezó a desnudarse como si le hubieran ordenado que se dejase registrar. El

revisor le dijo algo así como vale, vale ya, estos moros nunca entienden nada.

A Mohamed le hubiera gustado mudarse de ese piso, pero le habría planteado otros problemas y alejado de sus hijos. Soportaba aquel infierno cotidiano y velaba porque sus hijos no sucumbieran al racismo. Les decía: hay que comprenderlos, son muy diferentes de nosotros, más pobres, son familias más numerosas. No son malas personas, debéis ser tolerantes. Pero la miseria, la inseguridad y la promiscuidad no dejaban lugar al diálogo y la comprensión. La gente estaba harta y ya no se controlaba.

En el bloque no quedaba ninguna familia francesa. Los que podían habían huido sin pagar el alquiler y la policía los había dejado marchar sin intervenir. Mohamed siempre había soñado con tener una casa propia, bonita y grande, donde toda la familia se reuniese en paz, rodeada de felicidad y respeto. Una casa con jardín y árboles, luminosa, con muchos colores, una casa abierta, apacible, donde no sólo uno se sentiría bien, sino que los problemas, las dificultades, los conflictos se resolverían como por arte de magia. Sería un trocito de paraíso donde se oiría el murmullo del agua y de las hojas movidas por el viento. Un sueño obstinado, pero él sabe que lo cumplirá algún día. No se lo contaba a nadie. Ni siquiera a su mujer, pues lo habría to-

mado por loco, por uno de esos soñadores inofensivos que pierden el contacto con la realidad. No compartía sus ilusiones ni sus pensamientos. Era un hombre de pocas palabras. Cuando se sentaba a comer, se quejaba de lo que había subido la vida, su paga ya no era suficiente: antes, hace mucho tiempo, ahorraba un poco, hoy todo se va tan deprisa, no lo entiendo. Y luego guardaba silencio.

Balbuceó unas aleyas coránicas más, y sintió que algo lo retenía. No se podía incorporar. Se sentía pesado como si llevase una enorme carga en la espalda. Intentó moverse, no consiguió estirar las piernas. Agachó la cabeza y en esa posición le entró una suerte de sopor. La mosca se mató a sí misma, ahogada en un vaso de té. Pensó que era estúpida. La pared hablaba con él. Volvió a ladear la cabeza hacia delante, la misma voz se dirigía a él en su dialecto. Sus miembros se distendieron. Abrió el Corán y fingió estar profundamente absorbido por él. Aunque no supiera leer, le gustaba la compañía de ese libro, la caligrafía, las tapas forradas de polipiel y la importancia de esa obra sagrada. Era el único libro que se había traído de Marruecos. Lo envolvía en un paño blanco, un trocito del sudario con el que había enterrado a su padre. Ese libro era todo para él: su cultura, su identidad, su pasaporte, su orgullo, su secreto. Lo abría con delicadeza, lo estrechaba

contra su corazón, se lo llevaba a los labios y lo besaba con pudor. Decía que todo estaba allí: los que saben leerlo hallan en él la filosofía del mundo, la explicación del universo. No sólo estaba convencido de ello, sino que un ulema, un sabio, el imán de la mezquita del distrito de Yvelines se lo había confirmado plenamente: Alá ha creado el universo, ha enviado a sus mensajeros para hablar con los hombres y las mujeres, Él sabe lo que cada cual piensa, sabe lo que ignoramos, lo que ocultamos en nuestro interior, ¿comprendes?, el Corán es la clave del universo. No es casualidad que cada vez más personas se conviertan al islam, que cada vez seamos más numerosos, y eso asusta a Estados Unidos y a sus amigos, ¿comprendes?, tenemos un tesoro y les molesta, les gustaría ver a los musulmanes atrapados en la miseria o con un cinturón de explosivos alrededor de la cintura, para ellos eso es el islam, ¡la miseria o las bombas! Tienen envidia del éxito planetario de nuestra religión. ¿Viste a ese sinvergüenza que dibujó a nuestro profeta, que la paz y las bendiciones de Alá sean con él, con un turbante lleno de bombas? ¿Te das cuenta? Nos provocan, nos quieren humillar, ridiculizar, pero Dios los espera, se presentarán ante Él arrastrándose, implorando alafia, para que no los arroje a las llamas del infierno eterno. ¡Dios es grande, y su palabra, la única verdad! Mohamed le habría contestado, pero no se atre-

vía. Decirle, por ejemplo, que los imbéciles como él son los que elogian la *yihad*, hablan de paraíso y de martirio; que los atrasados como él son los que envían a la muerte a unos jóvenes que no saben a qué agarrarse; que los mentirosos, los hipócritas, son los que empujan a esos muchachos a echarse en brazos de la muerte, diciéndoles: seréis auténticos mártires, tan auténticos y bondadosos como el profeta, os enterrarán con vuestra ropa empapada en la sangre del sacrificio, sin mortaja, no será una muerte cualquiera, vosotros iréis directamente a Dios que os espera en el paraíso. Haced vuestras abluciones antes, pues más vale entrar limpios en la casa de Dios, listos para la oración eterna... Él había oído hablar de aquel asunto de las caricaturas pero no le había dado importancia. Para él, el profeta era un espíritu, no un rostro que se pudiera dibujar. Estaba convencido de ello. Era de sentido común. Como de costumbre, se guardó sus pensamientos para sí. En su rostro no se leía nada con claridad, salvo una inmensa tristeza, una suerte de resignación maléfica contra la que no podía rebelarse. Le habría gustado extraviarse en la lectura, debatir con los demás sobre las interpretaciones del Corán, pero sabía que estaba condenado a esa ignorancia que se le adhería a la piel desde su niñez. Recordaba lo feliz que se sentía al ver a sus hijos hacer los deberes de la escuela en la mesa antes de cenar, cómo

los observaba con amor y con una pizca de envidia. Le encantaba acompañarlos al híper a comprar el material escolar y los libros cuando empezaba el curso. Nunca faltaba a esa cita anual en la que los niños estaban tan ilusionados. Pedía un día de permiso para satisfacer todas sus demandas. En casa, los ayudaba a forrar los cuadernos y los libros, y les había instalado unas estanterías para colocarlos. A menudo los ordenaba y les quitaba el polvo.

No sabía leer el Corán, pero sí que Alá estaba contra los hipócritas y los asesinos. Se lo había aprendido de memoria, como todos los niños de su aldea. Lo recitaba como un autómata, a veces se equivocaba, pedía perdón a Dios, y luego empezaba la sura desde el principio y sólo se detenía al final, no debía dudar ni interrumpir el recitado, si no perdía el hilo. El único que podía citar las aleyas y comentarlas era el imán de la mezquita de Yvelines. Se sabía el Corán de memoria y decía que lo había estudiado en El Cairo, en la gran Universidad de al-Azhar. Quizá era verdad, no había forma de saberlo. Aquel imán apareció un día como por arte de magia, nadie lo vio llegar. Se rodeó de una corte de jóvenes delincuentes decididos a emprender el camino recto. Los llamaba «mis hijos». Tenía un flamante coche, llevaba unas túnicas blancas impecables, se perfumaba con esencia de sándalo y vivía le-

jos de aquel barrio infernal. Corrían rumores de que tenía dos esposas y una decena de hijos. Seguramente recibía dinero de algunos países ricos. Se dirigía a los fieles en árabe clásico y a veces en un francés chapurreado. Los marroquíes se miraban entre sí y se decían: ¿por quiénes nos toma éste? ¿De dónde viene? ¿Quién le paga?

La gente sospechaba que era un egipcio al servicio de los saudíes. Los marroquíes desconfiaban de la gente de los países del Golfo. Durante un tiempo viajaban a Marruecos, sobre todo a Tánger, y se encerraban en hoteles de lujo, donde les servían chicas y un montón de bebidas alcohólicas. Mohamed lo había oído comentar a menudo. Él nunca los había visto, pero se decían cosas muy desagradables sobre aquellos tipos vestidos con túnicas blancas que se entregaban al vicio en Marruecos. Circulaban unos rumores a veces insólitos y raros a propósito de esas veladas orgiásticas. Se contaba que un ministro había prestado a su bella esposa a un poderoso emir de Kuwait, o de Dubái, y que ésta había vuelto a casa con un seno menos. El tipo se lo había mordido y luego se lo había comido. Nadie había visto, por supuesto, a aquella mujer con el seno amputado, nadie tenía pruebas de nada, pero, como se suele decir, «cuando el río suena...». ¡Un kuwaití antropófago! Así percibía la imaginación popular a los hombres del Golfo: unos tipos que mamaban los

senos de las mujeres hermosas y a veces iban más allá... En los cafés se contaba también otra historia increíble: para entrar en los baños públicos en el horario reservado a las mujeres, el primo del chófer de un emir se había disfrazado de mujer, y, al descubrirlo, ellas lo habían golpeado y arrojado cubos de agua hirviendo en sus genitales. El hombre había salido de allí gritando y con los testículos bastante maltrechos. Se contaban tantas historias sobre esa gente que la diplomacia se vio obligada a intervenir para poner fin a esos relatos de mal gusto.

De tanto fijar la mirada en la pared, Mohamed tuvo la impresión de que se acercaba a ésta o más bien que la pared avanzaba hacia él. Se sintió prisionero de aquel cuartucho al que nunca entraban sus hijos. Creyó entender que la voz le hablaba de su jubilación. La palabra «jubilación» giraba en el aire como la mosca de antes. Su mente estaba en otro lugar, en La Meca o en la mezquita de su infancia. Aquella palabra lo había devuelto a su aldea, a aquellos tiempos de color sepia y de una extraña soledad. El carnicero que hacía las veces de alfajeme le había afeitado la cabeza a causa de los piojos, de la tiña y de otras enfermedades; todos los chiquillos la llevaban rapada, y él se pasaba la mano por la suya y se topaba con algún grano infectado. Aquella época olía a *fly-tox* y a pol-

vos contra los piojos, un olor asfixiante. También sabía a miel y a aceite de argán. Recordaba las comidas tras sacar el ganado a pastar. Su prima le llevaba una bandeja, té con hierbabuena muy azucarado, tortas, aceite y miel, y, de vez en cuando, un poco de *amlu*, una especie de pasta para untar, a base de almendras, de aceite de argán y de especias. Eran unas mañanas frescas y silenciosas. Su prima se convertiría con toda naturalidad en su esposa. Casi no se hablaban. Se miraban, ella bajaba los ojos y se marchaba. Un día fue su hermano menor quien le llevó la comida. Comprendió que había llegado la hora de pedir su mano. Ella era muy joven, apenas quince años, y, sin embargo, al verano siguiente se casaban. Recuerdos dulces, llenos de ternura, pudor y paz. Silencios que duraban mañanas enteras; los disfrutaba abandonándose a sus ensueños. Para el día de la boda, había contratado al mejor cantante de la región, acompañado con las *shijat* y sus músicos. Habían cantado y bailado hasta la madrugada. Las *shijat* eran unas mujeres vulgares, unas profesionales eficaces que apestaban a clavo de olor. A Mohamed lo nombraron príncipe de ese día, llevó a la novia a la casa de sus padres, quienes, discretamente, se habían ausentado esa noche para dejar a los novios solos en su intimidad. De nuevo caía el silencio sobre los recién casados, como una breve noche. No se decían palabra. Ésa era la costum-

bre. Él hizo sus rezos y apagó la vela. Todo trascurrió en la oscuridad. Él estaba muy intimidado, no tenía experiencia. Para ella y para él era la primera vez. Él se dejó guiar por su instinto y la sangre trazó un bonito dibujo en la sábana. El honor estaba a salvo. Los festejos duraron varios días y luego la rutina retomó su curso en la aldea.

Mohamed ya entonces pensaba emigrar al norte de Francia, donde trabajaba un tío suyo. Necesitaba un pasaporte, esa libreta verde con una estrella marroquí en el medio. Eran unos tiempos en los que sólo se expedían pasaportes a las familias acomodadas de las ciudades. De vez en cuando, el caíd recibía órdenes de Rabat: se necesitan cuatro hombres robustos y sanos para enviarlos a Francia. Se presentaba en el pueblo en un jeep de la gendarmería. Se le veía llegar de lejos por el polvo que levantaba el vehículo. El caíd se tomaba a sí mismo muy en serio, se hacía invitar a las casas a beber y comer, y pedía que los hombres pasaran ante él. Imitaba lo que hacían los franceses en la época colonial. Apenas sabía leer, pero sostenía en la mano una carpeta que ojeaba de vez en cuando. *¡Fransa os espera, no nos avergoncéis, debéis portaros como hombres, como soldados, dignos representantes de nuestro país!* El jeep se alejaba de nuevo dejando tras sí una nube de polvo ocre y a algunas esposas llorando.